

esa música, será prueba que Toulan vive y está cerca.

Y en las siguientes semanas tuvieron las presas el triste consuelo de oír las notas del clarín de Toulan. No volvió, sin embargo, á presentarseles delante, ni á montar guardia en el Temple.

No huyó el valiente campeón de la reina. Comprendió que en París estaría siempre mas seguro, además de que no quería alejarse, porque nunca perdió la esperanza de que se presentaría una ocasión en que poder favorecer la fuga de las presas.

Pero precisamente lo que Toulan esperaba era la pesadilla diaria de la Convención. Se temía que aun detras de los espesos y triples muros del Temple, á pesar de las rejas y de los centinelas, la reina podía evadirse, ya valiéndose de sus propios artificios, ya ayudada fuera por sus amigos y partidarios. Temíase mas todavía, la escapatoria del muchacho de siete años de edad, sin corona ni trono, que se apegaba á las faldas de su madre como la yedra al muro de la iglesia.

Se habia comunicado á la Comision de salvacion pública, que la gente hablaba acerca del rey pequeño en el Temple y que circulaban anécdotas mas ó ménos enternecedoras sobre él. Hasta un fanático que la daba de profeta, sin temor ni embarazo, iba de calle en calle y de plaza en plaza, anunciando que los lirios volverian á florecer, y que los hijos de Bruto, perecerian todos á manos del reyecito cuyo trono estaba en el Temple. La policía arrestó y le cortó la cabeza á este profeta, es verdad, mas sus profecías encontraron eco en mas de un corazón sensible y compasivo, y despertó cierto interes por el príncipe.

Los Girondinos, patriotas tan nobles como entusiastas, mostraron la mayor solicitud por el mártir real jóven, expresion, que aplicada al delfín en los vehementes y animados discursos de la tribuna, hizo derramar lágrimas de compasion á infinitas personas divorciadas de la monarquía.

Vistió el peligro, la Convención resolvió evitarlo á todo trance, y para ello, el 1° de julio de 1793, adoptó un decreto: por el cual, se disponía que la Comision de salvacion pública, separase de su madre al hijo de Capeto y lo entregase á un maestro, que designase el director general de la comuna de París.

Sin sospechar siquiera de semejante determinacion, porque los presos del Temple vivian en estrecha comunicacion con el mundo exterior, se habia recogido el delfín como de costumbre en la noche del 3 de julio y se habia dormido profundamente. Careciendo su lecho de cortinas, María Antonietta habia extendido sobre su cabeza un chal clavando las extremidades en las paredes, cosa que no le diese en el rostro la luz del cuarto y molestase su sueño. Eran las diez de la noche y todavía las señoras no se habian acostado. La reina y la princesa Isabel remendaban su ropa, al paso que la infanta Teresa, sentada entre las dos, leía un diccionario histórico. Acababa de dejarlo y de tomar un libro de oraciones, á instancias de su madre, cuando se oyeron pasos de varias personas en el corredor, el correr de los cerrojos y la apertura de la puerta de la antecámara. En seguida entraron hasta seis comi-

sarios, el principal de los cuales, encarándose con la reina sin mas saludacion, le dijo:

—Venimos de órden de la Comision de salvacion pública á llevarnos el hijo de Capeto

—¡Llevarse mi hijo! gritó la reina poniéndose en pié y pálida de horror. No es posible; ni creo, señores, que las autoridades piensen seriamente en separarme de mi hijo. El es todavía muy jóven y necesita de mis cuidados y caricias.

—Resuelto por la Convencion y dispuesto por la Comision de salvacion pública, el decreto es preciso llevarlo á debido efecto; observó otro comisario.

—No lo consentiré, replicó María Antonietta en su desesperacion. En nombre de lo mas sagrado, os conjuro no cometer tamaña crueldad.

Isabel y Teresa mezclaron sus lágrimas con las de la desolada madre, todas tres se plantaron delante del lecho del delfín, se enlazaron de las manos, gimieron, hicieron los mayores extremos de dolor, levantaron al cielo las mas fervientes oraciones; pero no por eso los comisarios se movieron á compasion.

—¡A qué conduce esa jeremiada? dijeron. Nadie va á mataros vuestro hijo, dádnosle de bien á bien ó nos le llevamos por fuerza.

Diciendo esto se encaminaron á la cama, en cuyo acto María Antonietta extendió los brazos para proteger á su hijo, tropezó con la cortina improvisada, se desprendió esta, cayó sobre la cara de aquel y le despertó. Al notar lo que pasaba, muy asustado se arrojó en los brazos de su madre gritando:

—Mamá, querida mamá, no me dejes solo.

Toda temblorosa le estrechó contra su pecho, le tranquilizó y trató de impedir que se le arrebataran los desapiadados comisarios. Todo en vano. Habia dispuesto la república que el hijo fuese separado de su madre y tal debia hacerse sin miramiento ni consideracion ninguna.

Visto que no habia remedio, que quiera, que no, se iba á llevar á efecto aquella cruel separacion, pidió la afligida madre la prometiesen al ménos que el niño se quedaria en la torre del Temple, donde ella pudiese verle todos los dias.

—Nada tenemos que prometer, le contestaron, ni cuenta que daros. ¡Cáspita! y cómo os alarmais y chillais, solo porque alejan de vos á vuestro hijo! ¡Y qué es lo que pasa con los nuestros? Cada dia pierde alguno de ellos un brazo, una pierna, la vida, á manos de los enemigos que vos habeis concitado contra nosotros. Y por cierto que no hacemos tantos escorrozos como vos.

—Es todavía muy jóven mi hijo, repuso la reina con dulzura, para servir á su patria. Espero, sin embargo, en que Dios permita le consagre algun dia la vida.

Impelidas por los comisarios las princesas vistieron al niño que sollozaba y bostezaba á un tiempo. Entónces la reina se dejó caer en una silla, se armó de valor y llamando á sí al delfín, le puso ambas manos en los hombros y le dijo con solemnidad:

—Hijo mio, es fuerza que nos separemos. Recuerda tus deberes cuando yo no esté contigo para recordártelos. No olvides á Dios que te está probando, ni á tu madre que ruega por tí. Se bueno y ten paciencia, que por ello te bendecirá nuestro Padre que está en el cielo. Madre é hijo se miraron por largo rato, él

con los ojos anegados en lágrimas, ella pálida é inmutada, con los suyos secos; y besándole en la frente le empujó suavemente hácia el carcereiro. El muchacho, sin embargo, no queria separarse de su madre y esta, con el corazón despedazado, agregó:

—Es preciso obedecer, hijo mio. Dios lo quiere así.

En aquel instante se oyó en el corredor una risa destemplada y salvaje. Se estremeció la reina y miró en torno, y descubrió en la abierta puerta á Simon y su mujer, cuyas miradas, estaban fijas en ella con maligna complacencia. La Simon extendió ambos brazos desnudos y secos al niño, le agarró y le echó fuera.

—¿Es ella quien ha de cuidar de mi hijo? preguntó María Antonietta en el colmo de la desolacion. Va el hijo de mis entrañas á estar con esta mujer?

—Sí, contestó Simon cuadrándose delante de la reina con atroz desfachatez, con esta mujer y conmigo, su marido, va á vivir el pequeño Capeto y te aseguro que recibirá una educacion real. Le enseñaremos á olvidar lo pasado y á tener presente que es hijo de la república. Si no aprende por las buenas, aprenderá por las malas y seguro sabrá á que sabe mi antiguo tirapié.

Hizo un saludo á María Antonietta acompañado de sonrisa diabólica y siguió en pos de los comisarios, que ya habian salido. Se cerraron otra vez las puertas, se corrieron los cerrojos, y dentro de aquellos aposentos reinó la quietud de la muerte. Las dos mujeres, enlazadas de las manos, se arrodillaron en el suelo y oraron devotamente.

Desde ese dia la infortunada reina perdió toda esperanza, se negó á todo consuelo. Ni las reflexiones de su cuñada, ni las caricias de su hija, la sacaban de su abatimiento y abstraccion, siendo lo peor que se negó á toda ocupacion, á trabajar, á leer y hasta á moverse.

Solo unos cuantos minutos todos los dias se animaba un poco su semblante y volvía á sus miembros paralizados la facultad de la locomocion. Esos minutos eran cuando esperaba

por su hijo, que diariamente en compañía de Limon subía al piso superior y á la meseta de la torre. Entónces ponía ella la oreja á la puerta del corredor y escuchaba sus menudos pasos y las palabras que le dirigía al rudo carcereiro al pasar allí.

Pronto descubrió además medio de verle. Había una requebradura en el piso del cuarto en que se paseaba el niño, y á través de ella, no obstante su estrechez, tras grandes esfuerzos, lograba verle una mano, el pié, un extremo del vestido, un rizo de su dorada cabellera. Entónces, es mas fácil de concebir que de pintar lo que pasaba por el alma de aquella desventurada madre.

A veces tambien un comisario compasivo, al hacer la inspeccion de la cárcel, le comunicaba noticias de su hijo, le decía que estaba bueno, que habia aprendido á jugar la pelota y que por su mansa índole se habia ganado el amor de todos. Esto la reanimaba un tanto; pero no tardaba en recibir nuevas de carácter enteramente contrarias, y de un modo directo, que era lo peor. Sus lamentos, las amenazas que le hacia Simon, los epítetos injuriosos que le dirigía la mujer de este, á veces se oían distintamente en los aposentos de la reina, llenando, como es de suponerse, su espíritu de angustia desesperacion.

No era lo peor con todo eso, oírle llorar, saber que á su hijo querido, le maltrataban á posta, mas terrible sí cabe era oírle cantar, al son de las risotadas de Simon y de su mujer, las canciones revolucionarias y aun obscenas que le habian enseñado, con el objeto de pervertir su buena índole, á tiempo que arruinaban la salud de su cuerpo con el maltrato.

Al principio la reina, al oír estas canciones indecentes, prorumpía en lamentos, en gritos y amenazas contra los atormentadores de su hijo. Gradualmente una especie de parálisis dominó su corazón, y, cuando el 2 de agosto, la llevaron del Temple á la cárcel; los pálidos labios de la reina murmuraron: Gracias á Dios que no tendré que oírle cantar mas.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO XXIV.

LA MUERTE DE LA REINA.

La noche de San Bartolomé que prepararon á la Francia la malvada Catalina de Médicis y su demente hijo Carlos IX, tuvo su horrible y sangrienta repetición ahora, con esta diferencia, que aquel espantoso drama terminó con las sombras de la noche; y este continuó aun muy entrado el dia.

El sol alumbró el cadalso, que como un monstruo se alzaba en la plaza de la Revolución, en el hacha que cercenaba cabezas sin cuento, y en los arroyos de sangre que corrian por las calles de París. Brilló en aquel dia en que María Antonietta ascendió las gradas del patíbulo, como ántes habia ascendido su marido, y pasó á mejor vida á descansar de los pesares y humillaciones anteriores.

Esto fué el 16 de octubre de 1793. Por cuatro meses seguidos María Antonietta lo habia espe-

rado como la solucion mas feliz que podia tener el drama de su triste vida. Le saludó con una especie de regocijo, como le saludaba con gritos salvajes de gozo el pueblo enfurecido. Al cabo de cuatro meses de su tránsito del Temple á la cárcel de la Abadía, recibió la libertad, no la que dan los hombres, sino la que concede Dios á los que padecen,—la libertad de la muerte.

No necesitaba ya la viuda de Capeto de modistas ni peluquero para vestirse y hacerse el tocado. Envolvía su elevado y esbelto talle en traje de lana negro que á ruegos suyos, le habia dado la república, como para mejor recordar la muerte de su marido. Ocultaba su cuello y hombros, admiracion en otro tiempo de la Francia, un pañuelo de muselina blanca, que por pura compasion le habia dado su carcereiro Bault, y sus cabellos sueltos, en largas y flotantes hebras le flotaban por ambos lados del rostro transparente. Ni requerian polvo

tampoco. Habíanle blanqueado, mas de lo que podía el polvo, las noches sin sueño, y los días sin reposo. Sí, porque la vida de Luis Capeto, á los treinta y ocho años de su edad, tenía el aspecto de una mujer de setenta.

En este pergenio compareció María Antonieta en el tribunal revolucionario desde el 6 hasta el 13 de octubre. No otra cosa quedaba de real en su persona, que su mirada y su orgulloso porte.

El pueblo, apiñado en densas masas en los asientos de los espectadores no se cansaba de ver á la reina en su humillación y en su traje de luto, y pedía á menudo se levantara de su silla de paja y se dejase contemplar no por compasion, sino por pura curiosidad.

Habiéndose levantado una vez en contestacion á la demanda del público, se la oyó murmurar: "¡ Ah! ; No quedará esta gente pronto satisfecho de mis padecimientos?" En otra ocasion murmuró con sus labios pálidos y secos, — Tengo sed! pero nadie se atrevió á brindarle un vaso de agua, por mucho que alguno se sintiese conmovido con su grito. Al fin uno de los gendarmes se aventuró á satisfacer su necesidad, y María Antonieta se lo agradeció con tal mirada que sacó lágrimas á sus ojos y que quizás fué la causa de que adelante cortase su cabeza la guillotina.

Los que escoltaban la reina eran los únicos que osaban mostrarle compasion. Una noche, cuando la conducian del lugar de las sesiones á su calabozo, tan cansada y abatida se sintió María Antonieta, que exclamó:—"No veo, ni puedo seguir adelante." Uno de los de la escolta, le dió el brazo y la ayudó á subir los escalones de piedra que conducian á su calabozo.

Al fin, en la madrugada del 15 de octubre el tribunal revolucionario, dió el fallo, sentenciándola á muerte en la guillotina. Recibió María Antonieta la sentencia con admirable serenidad, al paso que el tumulto de la plebe excitada se calmó como por magia y palidecieron muchas de las caras de insultadas por profesion.

Entre tantos como se impresionaron y dieron muestras de mayor ó menor desazon, solo la principal interesada manifestó impasibilidad, y al parecer hasta indiferencia, abriendo por sí misma la puerta de la brarandilla para volver por sus piés á la prision.

Por último, en la mañana del 16 de octubre, sus padecimientos tuvieron fin, permitiéndosele refugiarse en el sepulcro. Casi le causó alegría, porque tanto habia sufrido en los tres últimos años, que la muerte era para ella una felicidad.

Empleó las horas apacibles de la noche en escribirle á su cuñada, la princesa Isabel, es decir, en extender su testamento, pues no otra cosa vino á ser su carta. No porque la viuda de Luis Capeto tuviese bienes ni prendas que legar, sino porque deseaba dejar á las personas que la amaban, lo único que poseía, su amor, sus lágrimas y adioses postrimeros. En esa carta tambien envió sus cariñosos recuerdos á sus hermanos fuera la Francia.

—Lo que me aflige en esta hora solemne, decía, es que aun tenia yo algunos buenos amigos, que voy á separarme de ellos para siempre, y que acaso sentirán mi muerte. Diles que

su memoria me acompañará hasta el último instante.

Concluida esta carta, que regó mas de una vez con sus lágrimas, se ocupó entónces María Antonieta del recuerdo que dejaria á sus hijos, recuerdo, que no profanase la mano del verdugo.

Con sus propias manos se despojó María Antonieta de sus cabellos, los cuales ya encanecidos, eran el único ornamento que la quedaba, siendo al mismo tiempo el triste testimonio de sus pesares. Luego, tras larga meditacion se preparó para la mas grande ceremonia de su carrera, la muerte. Sintióse desfallecida, cansada, y comprendió que necesitaba apoyo fisico para rendir la parte mas trabajosa de su jornada. Pidió pues alimento, y comió con apetito el ala de un pollo que trajeron. Despues hizo su tocado, el tocado fúnebre.

A súplicas suyas, la esposa del llavero le dió uno de sus camisones, el cual llevó al patíbulo María Antonieta. Encima de él se puso el mismo traje me habia llevado en los días en que concurrió al tribunal, con esta sola diferencia, que encima del vestido de lana, que ella habia remendado á menuda con sus propias manos, se echó una capa de piqué blanco. En torno del cuello se ató un pañuelo de muselina blanca, y como no se le hubiera permitido subir al patíbulo con la cabeza descubierta, se puso una papalina comun de hilo semejante á la que usan las mujeres del pueblo bajo en Francia.

Concluido su tocado, roto ya el lazo que la unia á las cosas terrenales, lista para recibir la muerte, se acostó y durmió profundamente. Dormia aun cuando vinieron á anunciarle que allí habia un clérigo á su disposicion, por si queria confesarse y comulgar. Pero ya habia descubierto á Dios María Antonieta todos los secretos de su corazón y no queria revelarlos de nuevo á los sacerdotes de la Razon que habia creado la república despues de haber desterrado ó guillotinado á los sacerdotes de la Iglesia.

—Como no soy dueña de mi voluntad, habia ella escrito á Isabel, tendré que recibir el clérigo que me envian; declaro, sin embargo, formalmente, que no oirá una palabra de mi boca y le trataré como á persona con quien no quiero tener relacion de ninguna clase.

En efecto, aunque admitió á su presencia María Antonieta al padre Geroid, cuando este le preguntó si queria recibir los consuelos de la religion, se negó redondamente.

Para calentarse los piés, que los tenia muy frios, se paseó arriba y abajo de su cuarto, y así que el reloj tocó las siete se abrió la puerta y entró el verdugo Samson.

Al verle sintió la reina un ligero estremecimiento en todo su cuerpo; pero reponiéndose pronto le dijo en tono bastante natural:—Habeis venido muy temprano, señor. ¿ No podriais demoraros un poco? Contestó Samson que no y entónces María Antonieta se armó de toda su calma y resolucion. Bebió, sin hacerse de rogar, una jicara de chocolate que le trajeron, y con el aire sereno y digno que le era característico, se dejó atar las manos atras con una cuerda gruesa.

A las once salió de su calabozo, atravesó el corredor, y subió á la carreta que aguardaba á



MARÍA ANTONIETA SALIENDO DEL TRIBUNAL.

las puertas de la cárcel. Nadie, excepto los funcionarios públicos, la acompañó hasta allí, nadie le dijo adios, ni una mirada de compasión le dirigió ninguno de sus carceleros.

El tránsito del calabozo á las puertas de la prision lo hizo sola, es decir, ella delante con las manos atadas atras, Samson á retaguardia con el cabo de la soga asegurado, sus dos ayudantes y el clérigo inmediatos y dos filas de gendarmes, con fusil al brazo, cubriendo los flancos. En tal disposicion la reina de Francia, hija de un emperador, marchó al cadalso.

Quizás á esa misma hora miles se hallaban de rodillas ofreciendo á Dios sus fervientes oraciones por el alma de la que iban á guillotinar, y allá en el fondo de sus corazones le daban el título de reina; quizás miles de seres compasivos derramaban lágrimas de piedad, por la infeliz mujer que caminaba á la muerte en una miserable carreta, como el criminal mas abyecto de un pueblo cristiano. Pero, aunque respetable el número de los que oran y lloran, se han retirado á la soledad de sus aposentos y solo Dios ve su llanto y escucha sus oraciones. Secos están, inyectados de sangre los ojos de aquellos que, por el contrario, se gozan en el sacrificio de la reina, como víctima expiatoria de crímenes que otros cometieron; y esos no tienen miradas de simpatía, lágrimas de piedad.

Se puede decir sin hipérbole que todo París presenció el cruento espectáculo de la decapitacion de María Antonieta. Las calles, las ventanas, los techos de las casas estaban coronados de gente, y la plaza de la Revolucion, hoy la Concordia, materialmente era un mar hirviente de cabezas humanas.

Los tambores de la guardia estacionada delante de la Conserjería empezaron á batir, desde ántes de ponerse en movimiento el lúgubre séquito. La reina iba sentada al lado del clérigo, con la espalda vuelta hácia la direccion de la carreta, la cual tiraba un caballo blanco normando, que montaba el calesero al modo que se practica hoy en la isla de Cuba. Samson y sus dos ayudantes iban tambien sentados, mas de frente.

No habia quedado gota de sangre en las mejillas de la reina. Sus ojos sí estaban enrojecidos, pero era de haber llorado su desventurada suerte y por los seres caros á su corazon, desvalidos por añadidura, que dejaba á merced de sus crueles enemigos. Ya no lloraban mas; léjos de eso, paseaba la mirada grave y serena por encima de la masa viviente, subiendo despacio y por grados, del ras de la calle hasta los mas altos techos de las casas, y luego abajo y á lo léjos sobre aquel mar de rostros humanos sin límites.

El suyo estaba frio y grave como su mirada, y tenia los labios fuertemente comprimidos. Si sufría las agonías de la muerte, ó si flaqueó su espíritu animoso ante los centenares de miles de ojos que estaban clavados en ella con expresion de odio, de desprecio, ó de mera curiosidad, no lo reveló el mas mínimo estremecimiento.

En tal disposicion de ánimo se hallaba María Antonieta que se puede asegurar con verdad, que no perdió de vista ninguno de los objetos notables que encontró en su tránsito. Vió léjos una mujer, que por encima del mar de cabezas, alzaba su niño en los brazos y que este se tocaba la manita con los labios y le tiraba un beso amoroso.

Entónces, perdió por un instante las fuerzas, le temblaron los labios y una lágrima empañó el brillo de sus ojos. Aquel solitario signo de simpatía humana, reanimó el corazon de la reina y le dió nueva vida.

Pero buen cuidado tuvo el populacho de que no llevase María Antonieta hasta el fin de su jornada esta gota de consuelo, porque rodeando la carreta las insultadoras de profesion gruñian, chillaban, hacian señales irrisorias, cantaban, palmoteaban y apuntaban con el dedo en son de burla para madama Veto.

Esto no fué bastante, sin embargo, para turbar la ecuanimidad de aquella heróica mujer. Por encima de la multitud paseaba su mirada altiva y serena, sin que cambiase su expresion habitual, mas que una vez, cuando pasó por delante del Palais-Royal, donde vivia Felipe Egalité, ántes duque de Orleans, y leyó la inscripcion que él habia hecho trazar en el arco de la puerta principal del palacio.

La carreta llegó á su destino á medio dia. Paró al pié del mismo patibulo. Se desmontó María Antonieta y despacio, con paso firme subió las gradas.

Hasta allí no se abrieron sus labios una vez, no se le escapó una queja siquiera, ni dijo una palabra de adios, pues el único que dió á la tierra, fué en una larga é intensa mirada que dirigió al palacio de las Tullerías. Al descubrir sus altos muros palidicieron mas sus mejillas y á pesar suyo exhaló un hondo suspiro.

En seguida colocó la cabeza bajo la cuchilla, siguióse un momento de silencio y suspension, y á poco el verdugo levantó en el aire la triste cabeza de la que habia sido la reina de Francia. Entónces resonó el grito de ¡Viva la República!

En la noche de ese mismo dia se formó la cuenta que hoy se encuentra en la biblioteca real de París, la cual reza como sigue:—Costo de los entierros, dirigidos por Joly, sacristan de la Magdalena, de las personas condenadas por el tribunal de la comision de salvacion pública, á saber, N.º 1 . . . Siguen veinte y cuatro nombres y números y al llegar al N.º 25, se lee:

VIUDA CAPETO.

Por el ataúd 6 francos
Por sepultura 25 francos

Debajo se ven estas palabras: Visto y aprobado por mí, presidente del tribunal revolucionario, que Joly, sacristan de la Magdalena, reciba la suma de doscientos sesenta y cuatro francos del tesoro nacional, París, 11 brumario, año II de la república Francesa. Herman, Presidente.

El entierro de la reina de Francia no le costó á la república mas de treinta y un francos, ó seis pesos de nuestra moneda.

CAPÍTULO XXV.

EL REY LUIS XVII.

HABIA ganado la república una victoria completa sobre los lirios de la monarquía France